

ORACION

EN LA FIESTA DE LA BORDADITA

Muchos años hace que el gran maestro, cuya memoria, cuyo ejemplo y cuyas enseñanzas perdurarán entre nosotros, celebraba esta misma solemnidad con las siguientes palabras que hoy como entonces resumen las glorias y tradiciones seculares del Colegio Mayor:

«Todo en esta humilde capilla eleva al entendimiento, fortifica la voluntad y trae a la imaginación imágenes vestidas con el ropaje tornasolado de los recuerdos: allí el sepulcro de nuestro insigne Fundador, cuyas cenizas descansan entre nosotros mientras su alma vela desde el cielo por sus hijos; este púlpito, ennoblecido por las predicaciones de Margallo, el sacerdote santo, y de Mosquera, el Arzobispo mártir, el pavimento mismo, bajo el cual se ocultan para dormir el sueño eterno los restos venerados de tantos preclaros varones, la imagen de María, bordada por las reales manos de Margarita de Austria para este Colegio Mayor; y, finalmente, Nuestro Señor Jesucristo, vivo y verdadero en el Sacramento, donde se nos muestra luz para el entendimiento, calor para la voluntad, vida y movimiento para el alma».

El hogar que se formó y acrecentó de esta suerte, jamás bastardeó de sus orígenes.

Cuántas memorias santifican y embellecen estos claustros; hombres ilustres que aquí aprendieron y enseñaron las ciencias y las letras; una generación de héroes y de sabios. Cuando los horrores de la reconquista convirtieron este edificio, de asilo del saber en cárcel de nuestras libertades, aquí pasaron en capilla las últimas horas de su vida terrena, preparándose a morir por la Patria, los mismos que aquí habían aprendido a vivir por ella. Al salir para el cadalso levantaron los ojos y el corazón a la Virgen del Rosario, y le pidieron que

ella, que los había inspirado en sus estudios, los fortaleciera para morir como cristianos y como hombres libres.

¿De dónde la aureola de majestad que circunda estos vetustos claustros; de dónde el amor filial y entrañable que profesamos a este Colegio, cuantos con un motivo o con otros, hemos tenido la dicha de vivir bajo su sombra? ¿Por qué los frutos de virtud y ciencia que aquí se han cosechado? Paréceme, y creo no equivocarme, que tales beneficios se deben a que el Colegio del Rosario se animó siempre por el espíritu de la Iglesia Católica; y de tal modo se halla penetrado de él, que no bastaron muchos años de enseñanza materialista para hacerlo que se olvidara de sus antiguas glorias y de sus tradiciones venerandas.

* * *

«Cuentan los Cielos la gloria de Dios y anuncia el firmamento las obras de sus manos». Todas las criaturas llevan en sí la huella de los divinos atributos, como que están dotadas de cuantas perfecciones necesitan para cumplir sus últimos destinos. De esta regla parece exceptuarse sólo el hombre creado para conocer la verdad: su entendimiento es, al venir al mundo, como tabla rasa de la cual nada hay escrito, según dice el Filósofo; con voluntad para querer lo bueno, se siente inclinado hacia el pecado y el vicio, y constituido rey de la creación, viene a sus dominios tan débil e impotente, que no puede ni gobernarse a sí propio. Todo aquello que necesita y que le falta, tiene que adquirirlo lenta y trabajosamente merced a la acción de sus semejantes y mediante la sistemática labor que recibe el nombre de educación cristiana. Ella hace que el entendimiento que todo lo ignoraba llegue a encontrarse en capacidad de entenderlo y de saberlo todo; que la voluntad ame el bien que parece contrariarla, y aborrezca el mal que la seduce o lisonjea, y que el hombre, inferior en fuerzas físicas a

otras ~~criaturas~~ ejerce sobre todas ellas irresistible señorío.

Este trabajo de formación ha sido confiado por Dios a los padres de familia y constituye la más elevada prerrogativa de la paternidad. Mucho debemos a nuestros progenitores, porque nos dieron la vida del cuerpo: más les debemos porque, educándonos, nos desarrollaron la vida del espíritu. La que ellos nos transmitieron, de otros tuvieron que recibirla, y a menos que procedamos en serie infinita, hemos de llegar a un primer hombre que fue directamente enseñado por el que es verdad substancial y bien necesario e infinito. No que yo profese la menguada doctrina tradicionalista que corta las alas del espíritu y empequeñece el poder maravilloso del humano entendimiento. El hombre, me complazco en afirmarlo altamente, tiene en sí, sin necesidad de revelación ni enseñanza, el poder de descubrir todas las verdades del orden natural, y de elevarse hasta el conocimiento de un solo Dios creador del cielo y de la tierra. Mas al entendimiento humano lo ofusca la ignorancia, lo desvia el error y le hace formar juicios erróneos el desarreglado hervir de las pasiones. Ningún pueblo como el griego concibió y dio realidad a la belleza; ninguno como el romano tuvo pujanza e inteligencia y poderío, y ninguno se ha sumido más que Grecia y Roma en vergonzosos errores y en corruptas doctrinas. Necesitaba el mundo que le enseñaran por segunda vez lo que por su culpa había olvidado. Si para esta tarea hubiera bastado un hombre, Platón y Aristóteles habían salvado a Grecia, Cicerón y Séneca hubiera regenerado a Roma. El escepticismo universal, que era la doctrina corriente en el siglo de Augusto, prueba la necesidad que sentía el género humano de un maestro descendido del cielo. Ese preceptor debía ser hombre para que enseñara a sus hermanos; debía ser Dios dotado de sabiduría y de poder infinitos, y el Verbo de Dios se hizo hombre y habitó en medio de nosotros.

Antes de encarnar, ya el Verbo se había manifestado a los hombres por medio de sus ministros escogidos. Adán enseña a sus descendientes las verdades de la revelación primera: Noé instruye el género humano posterior al diluvio. Moisés promulga la ley ante el pueblo escogido. Aquella triple brillantísima enseñanza no bastó para iluminar sino a una reducida porción del humano linaje; porque aquellos hombres, aunque ministros de Dios, eran puros hombres, y al morir ellos no quedó quien conservara y defendiera la doctrina. Al humanarse el Hijo de Dios, no hizo más que repetir en forma más amplia lo que había enseñado antes por boca de Patriarcas y Profetas. El Evangelio se reduce a la promulgación de algunos dogmas relativos al orden sobrenatural, y de algunos preceptos de moral pública y privada, pero allí no hay sistemas filosóficos ni enseñanza de ciencias naturales, ni preceptos literarios, ni reglas artísticas. Sin embargo de ese Evangelio han dimanado la filosofía cristiana, la ciencia cristiana, las letras y las artes cristianas. Frutos del Evangelio son la *Summa Theologica*, y *La Divina Comedia*. La doctrina de Cristo perdura hace veinte siglos, y se extiende de uno a otro confín del universo, porque Jesucristo, además de hombre, es Dios, y porque la revelación que El nos trajo quedó confiada a la Iglesia, infalible para enseñar, soberana para regir.

La misión de la Iglesia es educar los individuos y las naciones. *Euntes docete omnes gentes*, fue la síntesis de cuanto encargó Cristo a sus Apóstoles. Si la Iglesia tiene la misión preferente de adoctrinarnos sobre las verdades del orden sobrenatural, no puede descuidar el adelanto físico e intelectual del hombre, que tanto ayuda para la consecución de nuestro fin.

Cuando la Iglesia, dueña del orbe, vio que la austera barbarie del Norte se precipitaba sobre la afeminada civilización del Mediodía, puso en juego su acción poderosísima, templó los arrestos de los vencedores, levantó

el ánimo de los vencidos, salvó de la destrucción los monumentos de la antigüedad, las letras y las artes, y les dio albergue en los monasterios; y quiso que los monjes, renunciando a todos los halagos de la vida, se dedicasen a un tiempo, a salvar las almas de los vivos y a custodiar las glorias de los muertos.

El padre de la familia cristiana tiene misión divina para educar a sus hijos, y la fe de la Iglesia para no extraviarse en la enseñanza. Mas, ¿cómo podía en aquella época aciaga de la irrupción de los bárbaros, cuando todo era tinieblas y desarreglo de pasiones, consagrarse un padre a espacio a la educación de sus hijos? La Iglesia proveyó a esta necesidad, y los monasterios, que conservaban los libros, se encargaron de formar los hombres. Tal fue el origen de los colegios cristianos en Europa. El colegio más tarde se separó del monasterio, pero sin renunciar a la sombra de la Iglesia; y por eso los más famosos del viejo continente llevan nombres católicos y están contruidos sobre el modelo de los conventos, y el espíritu religioso se manifiesta en los vestidos, en la distribución del tiempo, en el aspecto de claustros y salones, en el método con que las enseñanzas se dictan.

No basta a la juventud la universidad donde se enseña, necesita del colegio, donde se enseña a aprender. En el colegio lo que menos educa son las aulas; la atmósfera intelectual que se respira, la cordial amistad entre profesores y estudiantes, que se abrigan bajo un mismo techo, se sientan en una misma mesa, y están a diario en incesante contacto; el encontrarse las ideas contradictorias de jóvenes de distintas procedencias, de diversa educación; todo esto forma el entendimiento más que las doctas disertaciones y los sapientísimos discursos que escucha el alumno en la clase.

En nuestra patria, también la Iglesia se desveló por la educación de la juventud en todo tiempo, y hubo un Arzobispo ilustre que invirtió su cuantioso patrimonio

y pingües rentas en fundar este Colegio Mayor. Aquí todo es cristiano, todo católico: el nombre del Colegio, el escudo que lleváis en el pecho, el aspecto del claustro, esta capilla venerada, las enseñanzas que recibís, las prácticas cotidianas que nuestras constituciones os imponen, y hasta el carácter y el traje del que hoy, sin mérito alguno, os cuida y os gobierna.

El espíritu católico, que es espíritu de eternidad, ha verificado maravillas en este Colegio. De cuanto existía en este país dos siglos atrás nada queda en pie: gobierno, costumbres, leyes, instituciones, todo desapareció, queda sólo en pie de lo que entonces hubo, estos claustros con el mismo carácter y las mismas constituciones de entonces. Con razón, aquí tenemos la doctrina católica por alma de nuestro instituto, y a la Virgen del Rosario por madre y protectora.

Reanudar las prácticas antiguas, hacer que revivan las primitivas constituciones del Rosario; animar más y más las enseñanzas, con el espíritu católico, que es espíritu de libertad intelectual; reconocer a Jesucristo cada día con más veras por Nuestro Señor, Nuestro Padre y Nuestro Maestro, es alzar este histórico Colegio, salvar las generaciones que vienen en pos de nosotros, preparando así a la Patria días de grandeza y de gloria.

* * *

El hombre vale más por la voluntad que por el entendimiento, por el carácter que por los conocimientos y la ciencia. El mundo no es del talento sino de la firmeza de las resoluciones. Cuántos hombres habrán venido al mundo con más genio militar que muchos capitanes legendarios, con más clara percepción que Leibnitz, con más inspiración que Rafael o que Mozart, y habrán vivido y muerto, faltos de voluntad, sin dejar en la historia huella de su paso. En Colombia sobran inteligencias, faltan caracteres viriles: unos a todos se doblegan, aun a lo malo, otros a todo se niegan, aun a lo bueno, otros

viven sin rumbo, obedientes a todas las ondulaciones del capricho, perdidos en incesantes e inconexos ensayos o en atropelladas tentativas, y muchas almas enfermas se caen enteras o a pedazos.

Qué misterio tan profundo es la voluntad humana! Sigue siempre el juicio práctico del entendimiento, pero sabe obligar a la razón a formar dictámenes interesados y erróneos. Libre, sin que nadie, ni Dios mismo, quiera violentarla, se deja, porque así lo quiere, dominar de las pasiones, que son esclavas suyas; y amando el bien, practica cuanto es malo y se encenaga en vicios que detesta.

No pudo arrebatarnos la culpa original la libertad del alma, pero sí la dejó débil y enferma, y necesitamos, para vencer los apetitos de la carne rebelde, de un auxilio especial de Dios, que en el lenguaje cristiano apellidamos gracia. Misterio inexplicable para quien nunca ha vivido de su vida; verdad obvia para quien ha experimentado sus efectos. Quién no se ha inclinado sobre los abismos de iniquidad, quién no ha alzado los ojos a los cielos de virtud!

La gracia no amengua la libertad, antes la auxilia, mueve nuestra voluntad, pero no como el capataz que obliga al esclavo a marchar a golpes de látigo, sino como la madre que toma en los brazos a su hijo y lo conduce suavemente a donde él quiere.

Como la semilla germina mejor en terreno fértil y bien preparado, así la gracia se arraiga con más fuerza en voluntades bien aparejadas por la educación.

El internado cristiano es la institución que forja por excelencia las voluntades. El sabio Newman, al hacer el panegírico de la enseñanza universitaria, llama al internado correctivo de la Universidad, y dice que el colegio es el hogar que se prolonga para provecho de los jóvenes, que es *altera Troia, simulata Pergama*, que halla el adolescente al separarse del lado de sus padres. Lo

llama refugio de la niñez inerme y desvalida; asilo providencial para los débiles e inexpertos; relicario de nuestros mejores afectos, nido de los más dulces recuerdos, hechizo para el resto de la vida, descanso al espíritu agitado por los combates de este mundo.

La voluntad se robustece, ante todo, con la práctica de la obediencia, no de la que se impone únicamente por el rigor, no de la que se funda en el cariño que nace de la carne y de la sangre, sino de la obediencia cimentada en la noción cristiana del principio de autoridad. *Vir obediens loquetur victorias*, dice el Espíritu Santo, y lo mismo enseñan la razón y la experiencia. Obedecer es vencerse a sí mismo, y quien no sabe triunfar de sí propio, mal puede dominar a los demás. Quien nunca ha vivido bajo el yugo de la autoridad suave y razonable, jamás acertará a comportarse con las autoridades de la tierra; porque, o tratará de sacudir la carga de la autoridad o se dejará deslumbrar por los esplendores del poder supremo. El varón obediente es respetuoso sin adulación, y libre sin conatos de rebeldía. Un joven educado sin freno será forzosamente, o cortesano o demagogo.

La voluntad se forma poniéndola en ejercicio, y nadie sabrá ser libre si alguna vez no ha hecho uso de la libertad, como no será soldado aguerrido el que nunca se expuso a los azares de la guerra. El internado cristiano deja a los jóvenes más acción personal que la que se les otorga en las familias, y tiene la suficiente vigilancia para que la libertad no degenera en licencia.

Mas en vano se fundarán internados cuando sus directores se muevan exclusivamente por el deseo del lucro y los honores; cuando la represión no esté templada por la caridad; cuando no se busque el bien de los jóvenes de preferencia al bien de los maestros, y cuando el rigor que envilece o los elogios y mimos que infatúan, y no al santo temor de Dios, que eleva sin ensorberbecer, sean el fundamento del régimen escolar.

Vosotros, jóvenes estudiantes, habéis demostrado con vuestro porte y vuestra conducta que cumplís el deber, más por agradar a Dios y satisfacer vuestra conciencia, que por temor a los castigos o por anhelo de recompensas.

Los vínculos que ahora nos atan no se romperán con vuestra salida del Colegio, sino que durarán estrechos y apretados hasta la muerte.

Vosotros y yo tenemos una madre común: es la santísima Virgen del Rosario, y somos, por consiguiente, hermanos. Dure siempre esa dulce fraternidad aquí en la tierra, y continúese por interminables eternidades en el cielo.

EN EL COLEGIO MAYOR DEL ROSARIO

REPORTAJE PUBLICADO EN " MUNDO AL DIA "

La emoción de la República

Hemos penetrado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Llegamos empapados del ambiente impreciso, descolorido, de las calles modernas y cosmopolitas, que nada le dicen al espíritu, y sólo nos ofrecen el espectáculo de una muchedumbre abigarrada e incoherente que parece movida como por los ocultos hilos de la farsa. Sólo la impresión que en el ánimo producen estas casas de meditación y de gloria, al entrar a ellas dejando a las espaldas el mundano trajín, puede darnos la cabal medida del fuerte e inesperado contraste. Es una hora en que los claustros descansan bajo el silencio y el reposo; es un silencio que parece fatigado por la gloria; un silencio que invita a cruzar por él entregados a la meditación, como si el recuerdo de próceres, héroes y prelados fuera la única credencial altiva para invadir esta casa venerable. Es la emoción de la Patria, la emoción de la República. El aire